

HOMBRES NUEVOS

Hace unos días leí en una de esas revistas que se suelen llamar “del corazón” esta información: “ha tenido varios altibajos en su vida personal. Se ha operado las orejas, las bolsas de los ojos y se ha hecho un lifting. Ahora es un hombre nuevo”. El texto me hizo, primero, sonreír pero después me preocupó, porque me pareció un síntoma de lo tremendamente superficial que puede ser la cultura actual. A algo tan banal como cambiar la apariencia física le llaman ser un “hombre nuevo”. Pero no consiguen engañar a nadie, porque debajo de una apariencia quizás más amable, sigue estando el mismo hombre viejo, cargado de rencores y envidias, un ser tremendamente egoísta, al que no importa recurrir al insulto, la humillación y el desprecio (como, por cierto, era el caso del personaje del que se hablaba).

Lo más significativo es que, a pesar de todo, nuestro mundo necesita hombres nuevos. El mundo que vivimos, la cultura que nos envuelve, el ambiente que se respira, tiene síntomas terribles de decadencia y de muerte. Es un mundo que vive en la competición feroz por tener más, por ser más que el otro, por gozar de más derechos o privilegios que los demás; un mundo que genera indignación y violencia y que no es capaz de ilusionar a las nuevas generaciones, que tienden a refugiarse en mundos virtuales. Pero, sobre todo, es un mundo que sitúa al más pobre en el margen, que excluye al que no tiene medios económicos y que discrimina al emigrante. Es un mundo que goza de un bienestar económico, pero que ha perdido el corazón, porque no le duele el sufrimiento del otro.

Para renovar este mundo hacen falta hombres nuevos de verdad. Un hombre nuevo es aquel cuyo corazón vive amando a todos, incluso a los que le desprecian (sólo si se está dispuesto a aceptar el desprecio sin responder se puede crear un mundo nuevo). Un hombre nuevo sabe perdonar, porque no se puede construir una sociedad si no es sobre el perdón y la misericordia. Los hombres nuevos no sólo respetan a los demás (a los que son diferentes, a los que no piensan como ellos) sino que los aman. Y aman también este mundo. Saben que todo está conectado y que su tarea es cuidar con esmero este precioso mundo que Dios puso en sus manos.

Pero, ¿dónde encontrar este hombre nuevo? ¿puede el mundo generar a alguien tan extraordinario? Lo cierto es que por sí mismo no puede. Sólo ha habido un hombre realmente nuevo, uno que vivió y murió amando, pero no era un hombre sin más. Jesús de Nazaret era Dios mismo asumiendo nuestra humanidad. Sus palabras y sus gestos, su figura y toda su persona eran transparencia de Dios. El mundo no lo pudo soportar y lo condenó a vil suplicio. Pero el Padre le devolvió a la vida, dándole la razón, ratificando lo que enseñó y vivió.

Desde aquel día de su resurrección un rayo de esperanza se ha abierto para toda la humanidad. Es posible seguir sus huellas y vivir como hombres nuevos. Su resurrección devuelve la esperanza a un mundo que parecía condenado al fracaso, a la muerte, al mal. No. Ellos no tienen la última palabra. El amor vence al odio; el perdón gana al rencor; la luz es más fuerte que la tiniebla. Vale la pena trabajar cada día por ser hombres y mujeres nuevos. Pero no porque nos hayan hecho un lifting, sino porque la fe en Jesús de Nazaret ha conseguido transformar nuestro corazón. Muy feliz Pascua a todos.